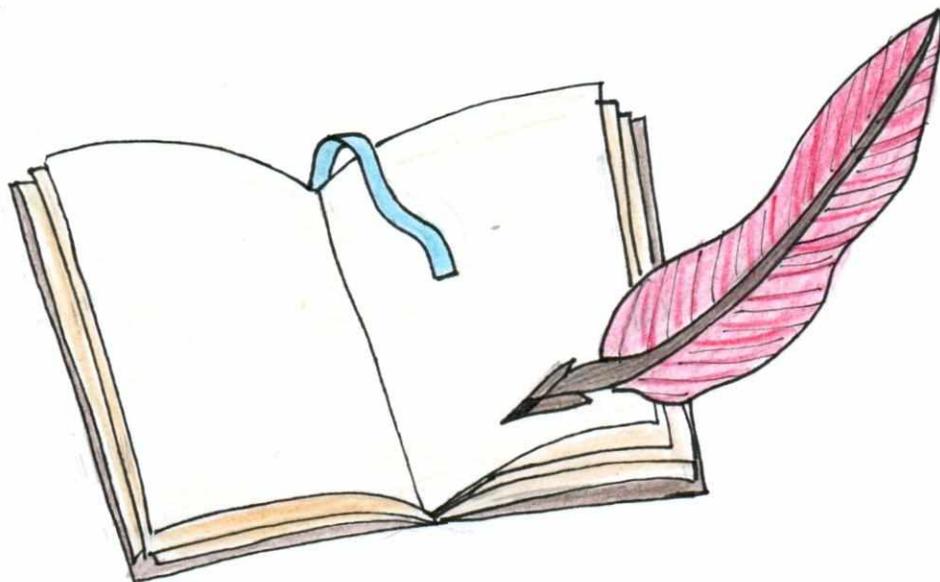


COMO PÁJAROS EN EL VIENTO

Era un día lluvioso y frío de marzo, y me dirigía con mi esposa, Claire, al ambulatorio, íbamos a recoger el resultado de unas pruebas. Parecía un día como otro cualquiera. Cuando entramos en la consulta, al doctor ya se le notaba algo oscuro en la mirada y, desde entonces, supe que algo iba mal. Y así era, el doctor nos dio la noticia lo más delicadamente que pudo, pero, en definitiva, era esta: yo tenía alzhéimer. Mi esposa se echó a llorar, y yo no supe contener las lágrimas. La abracé, y pronto comenzaron los típicos inútiles mensajes tranquilizadores. Aunque no me habían hecho ningún efecto, pretendí parecer conforme y más relajado para que Claire se sintiese más cómoda y dejara de llorar. Pero aun no había asumido del todo mi horrible futuro: la olvidaría a ella, a mis hijos, a mis amigos, toda una vida... no quedaría nada en ese compartimento que ahora guardaba mi memoria.

Pero no, yo no estaba dispuesto a olvidar, así que decidí comprarme una libreta para apuntar un resumen de mi día a día, de tal manera que pudiera rememorar cualquier momento a mi antojo.

Pasaron los meses, y los años, y cada vez me frustraba más lo que sabía que me estaba ocurriendo. Un oscuro veinte de noviembre, me llegó una noticia de mano de un joven que decía ser mi hijo, aunque me costaba ponerle nombre: mi amada esposa, a quien tanto le debía, había fallecido, dejando un enorme hueco en mi corazón.



Caí en una enorme depresión, a la cual se le sumó la tristeza de verme abandonado en una residencia, en la que mis visitas fueron descendiendo gradualmente. Cada tarde, me veía solo en mi habitación, donde lo único que se oía eran las agujas del reloj, el cual no significaba nada para mí, ya que cada hora pasaba igual que la anterior. De vez en cuando, me llevaban a pasear alrededor de la residencia. Un día, que estaba a punto de cruzar la calle, sentí que todo mi mundo giraba, y caí contra el suelo, que aun estaba frío, pese a que ya era casi mediodía. Recuerdo la sirena de la ambulancia que me llevaba al hospital, y vislumbrar por la ventanilla a los coches que nos daban paso por la carretera. Resulta que había sufrido un síncope, aunque los médicos no supieron cuál fue su causa.

De pronto, me vi de nuevo en el aquel gris y lúgubre asilo, del cual se me había prohibido salir hasta que me sintiera mejor, incluso para salir al jardín de la residencia, donde disfrutaba leyendo.

Un día, llegó una carta, destinada directamente a mí, la primera desde que vivía en aquel lugar. Estaba firmada por una tal Paula, y decía que ella era mi nieta, y que acababa de saber de mi existencia, pues su padre, es decir, mi hijo, se lo había ocultado para, según explicaba, ahorrarle sufrimiento. Además de eso, decía que vendría a visitarme la próxima semana, ya que esta no podía debido a un viaje de fin de curso que tenía a Italia.



Durante los siete días de larga y dura espera, leí aquella carta una y otra vez, por miedo a que la olvidara. Un día, una chiquilla entró por la puerta del salón polivalente preguntando por mí. Pronto se presentó y me contó todo sobre ella, y yo tomé apuntes en mi libreta, la cual me había ayudado durante todos esos años. Paula se hizo querer al momento, un amor tan solo comparable al que sentí el día en el que nacieron mis hijos. Paula tomó como rutina venir a visitarme, al menos tres veces a la semana, siempre a la misma hora.

Pese a aquel sustento que suponían sus visitas, mi querida nieta no podía controlar la enfermedad que avanzaba, apagando, poco a poco, los recuerdos en mi mente, la cual me debilitaba en mi día a día.

Y así era, me confirmó el doctor, pues sentía que cada uno de los pétalos de la flor que era mi vida caían, uno a uno, volando, como pájaros en el viento. Aquel día había algo oscuro en el cielo y en las personas que me rodeaban, noté que me fallaban las piernas y que me desfallecía, pero sabía que esta vez no era un simple síncope, me estaba muriendo. Me llevaron de nuevo al hospital, donde pude ver a mi nieta entrar en la sala en la que me encontraba, llorando. Me decía que me quería una y otra vez, y, aunque lo deseaba con toda mi alma, no podía hacer lo mismo. Pese a saber que era mi final, yo estaba feliz, pues había podido disfrutar junto a Paula mis últimos meses. Reuní todas mis fuerzas, y le susurré un te quiero, seguido de un cálido beso en la frente.

Aquel último beso fue la cuerda que cerró el telón de esta tragedia llamada vida.

